

AMALGAMA

Bruckner y el occidente pusilánime

El filósofo es de las pocas voces que se atreven a criticar esa manía religiosa, que sobrelleva el mal endémico de la culpabilidad, y que es casi exclusivo de la izquierda fracasada



JUAN EZEQUIEL MORALES

El filósofo francés Pascal Bruckner, autor de *Miseria de la prosperidad. La religión del mercado y sus enemigos*, donde desenmascara tanto a los capitalistas como a los anticapitalistas por estar todos hipnotizados por el

mismo espejismo, devotos de una religión moderna ambos, por sumisión o por rechazo, publicó a principios de 2008 su obra *La tiranía de la penitencia*, en Ariel, junto a Oswaldo Arteaga. Bruckner es de las pocas voces que se atreven a criticar esa manía religiosa, que sobrelleva el mal endémico de la culpabilidad, y que es casi patrimonio exclusivo de la izquierda fracasada, la izquierda que nunca logra el poder, y cuyas cabezas están tan vacías que en ellas no encontramos sino la repetición de muchos eslóganes de los intelectuales del siglo XX. Bruckner ha subtítuloado este ensayo sobre la

Sostiene en su libro que no somos responsables de la actual situación de los países descolonizados

penitencia: *Ensayo sobre el masoquismo occidental*. Pascal Bruckner, columnista habitual de *Le Nouvel Observateur*, escribió varias obras con Alan Finkelkraut

en los noventa, pero se ha ido encauzando por la senda de un "ya está bien" frente a un izquierdismo que se ha convertido en pose, en teoría mal estudiada defendida por clones pensantes que sólo citan y recitan: "El mundo entero nos odia y nos lo merecemos. Esta es la convicción de la mayoría de los europeos. De hecho, a partir de 1945, nuestro continente sufre los tormentos del arrepentimiento", dice Pascal Bruckner, y sigue: "¿Debemos seguir entonando como una letanía el mea culpa por los errores del pasado? ¿Debemos regodearnos en la pervivencia de la memoria de los desmanes del imperialismo, la colonización, el esclavismo, las guerras, el fascismo, el comunismo? ¿qué nos conduce esa tiranía de la penitencia? ¿Hubo sólo errores o también aciertos en ese pasado aparentemente infame? ¿Somos

los únicos que hemos cometido los pecados por los que seguimos culpabilizándonos?". Pascal Bruckner sostiene a lo largo del libro que no somos responsables de la actual situación de los países descolonizados. En una entrevista de 2008, con motivo de la Feria del Libro, recordaba incisivamente: "Ya sabe lo que decía Sartre, que la vergüenza es un sentimiento revolucionario". Lo que no terminó de decir el perspicaz existencialista es que para una revolución perdida, el que siga operando la vergüenza, ya no se trata de un sentimiento sino de una neurosis social. Bruckner analiza las reacciones de Occidente ante el terrorismo: "la primera reacción es proclamarse culpables: algo tenemos que haber hecho. Luego ya vienen las explicaciones. Que si la miseria de aquellos países, que si los conflictos que se generaron allí, que si la humillación, que si el petróleo ¿Y si la pelota estuviera de su lado y fueran ellos los que no soportan nuestro modo de vida?".

CONTRA LOS PUENTES LEVADIZOS

Los libros salvajes

ANTONIO BORDÓN

Confirmado: Errata naturae es punto y aparte. La editorial madrileña ha conseguido que cada uno de los libros del escritor y naturalista americano Henry David Thoreau que ha venido publicando en los últimos años (*Walden*, *Musketakuid*, *Cartas a un buscador de sí mismo* y *Un paseo invernal*) sea un *best-seller* en nuestro país, y esto ciento cincuenta años después de su muerte. Los editores de Errata naturae repelen la frialdad y abstracción posmoderna, prefieren la vitalidad y la euforia. Para demostrarlo, acaban de lanzar una colección de libros salvajes bajo la salvaguarda de Thoreau: "Todo lo bueno es libre y salvaje". El primero de los libros salvajes ya está en las librerías, *Mis años Grizzly* de Doug Peacock, y anuncian para noviembre el segundo, *Tristeza de la tierra* de Éric Vuillard, finalista del premio Goncourt de 2014.

Ni que decir tiene que *Mis años Grizzly*, publicada por primera vez en 1990, bebe del legado ecológico de Thoreau, aunque la delicadeza campestre de *Walden* deja paso aquí a un territorio salvaje, narrado con la sucia belleza de quien se revuelca por el barro. Sabiendo que debía medirse con la obra de un genio, Peacock se embarcó en una obra limítrofe con todo y que me aspen si no ha logrado algo maravilloso con su apasionante relato de los años que vivió junto a los osos grizzlies en las tierras altas de Yellowstone. *Mis años Grizzly* resulta única, entre otras razones, porque su narración es tremendamente visual (si fuera una película, sería la mejor que has visto); Peacock es uno de los genios en la sombra del activismo

PRÓXIMO PRÓXIMO

Si hay un libro que resiste la visita periódica y recurrente es *Alicia en el País de las Maravillas* de Lewis Carroll, seudónimo del matemático y diácono anglicano Charles Lutwidge Dodgson. Todos conocen la historia de Alicia que un buen día está en su jardín aburrida y, de repente, aparece un conejo blanco vestido con chaqueta y chaleco que parece tener mucha prisa. Alicia le sigue a través de una madriguera hasta llegar al País de las Maravillas. Ahora Penguin Clásicos celebra el ciento cincuenta aniversario de la primera publicación de *Alicia en el País de las Maravillas* (sólo se conservan 23 copias de las dos mil impresas en 1865, de las cuales 17 pertenecen a distintas bibliotecas, y las restantes están en manos privadas) con una edición conmemorativa que llegará a las librerías españolas en el mes de noviembre. El volumen presenta, junto a la magnífica traducción de Luis Maristany -sin desmerecer las de Jaime de Ojeda (Alianza), Mauro Armignó (Valdemar), Francisco Torres Oliver (Akal) y Gabriel López Guix (Ediciones B)-, una versión inédita de las *Aventuras subterráneas*, el primer esbozo del libro, escrito a mano por Carroll para Alice Liddell, de trece años, y *Alicia para los niños*, la adaptación infantil que el propio autor hizo de su célebrima obra en 1890.



Doug Peacock, escritor y activista ecológico. | LA PROVINCIA/DLP

ecológico de nuevo cuño.

Peacock y Thoreau, en todo caso, comparten la misma curiosidad por la naturaleza, "el estallido de imaginación que el rastro de un lobo o un puma podían evocar", a lo que se va sumando las cascadas de los arroyos, el viento y el aguanieve, a modo de color. A medida que transcurre la narración, el relato de Peacock se vuelve dantesco, al punto de convertir su experiencia en las tierras salvajes en una metáfora de los dos años que pasó en Vietnam: "A diferencia de la mayoría de soldados americanos, a mí me gustaba Vietnam, pues llegué a algunas zonas salvajes antes de que lo hiciera la guerra. [...] Sin embargo, la guerra

Ni que decir tiene que 'Mis años Grizzly', publicada por primera vez en 1990, bebe del legado ecológico de Thoreau

siempre llegaba. Al final, había lugares de Vietnam que odiaba como ningún otro sitio del planeta. Los túneles encabezaban esa lista: eran la entrada a un tipo especial de infierno".

En *Mis años Grizzly*, Peacock hace por los osos pardos lo mismo

que hizo Herman Melville por las ballenas en *Moby Dick*, un monumento literario que, en su caso, prescinde de las discusiones metafísicas para ocuparse de la aventura sin más, sin necesidad de heroísmos a lo John Rambo: "Conviene explicar una cosa: aunque tengo mis problemas, no estoy enamorado de la muerte. Toparse con un grizzly o acercarse a él es una estupidez, y rara vez lo hago deliberadamente. Sin embargo, ésa es justo la pifada que tiendo a repetir". No la pifien, olvidense del último premio Planeta y lean *Mis años Grizzly*. En cualquier caso, yo estoy demasiado enamorado del libro de Peacock como para tener ojos para nadie más.